

RIVA-AGÜERO Y EL JAPÓN

Sandro Patrucco Núñez
Instituto Riva-Agüero - PUCP

En marzo de 1939, Riva-Agüero partía desde California con dirección al Oriente en un viaje en el que visitaría el Japón y la China. En realidad, una experiencia de este tipo no era algo totalmente nuevo en un personaje como Riva-Agüero, conocedor admirado de paisajes peruanos y ultramarinos, cuyo abuelo había establecido los vínculos comerciales con el Japón. Fruto de aquella estadía fue la serie de artículos que aparecieron en diarios de Lima durante los meses sucesivos, pero que se han conservado inéditos como obra orgánica.

Dentro de la lista de contactos entre el Perú y Oriente, el de Riva-Agüero ocupa una posición importante puesto que representa una mirada nueva de aquellos territorios. Hasta aquel momento se habían formulado diversas idealizaciones de estos alejados pueblos. Durante el virreinato, fue la tierra de los mártires del Japón, y el origen de exquisitas producciones artísticas como la porcelana y la seda; en la época del romanticismo llenó el ansia de los autores en búsqueda de exotismo y a mediados del siglo XIX fue el origen de los provechosos "coolies".

Con el cambio de siglo fue transformándose la sensibilidad. Los modernistas, siempre desde una perspectiva prejuiciosa, pusieron en boga el "japonesismo artificial" (como lo ha llamado E. Núñez) aunque, de hecho, esta nueva propuesta encerraba un mayor interés y una preocupación más seria por el conocimiento del Oriente. No en vano se estudiaron su literatura y arte, se copiaron formas métricas, y un diplomático como Francisco Loayza estudió el posible origen japonés del incario, la situación de las mujeres, las relaciones sociales y las tradiciones del país del Sol Naciente. Aurelio Miró Quesada, de regreso de un recorrido por la región, reclamaba en diversos artículos un estudio más profundo de la cultura oriental; exponía un interesante cuadro de las formas literarias contemporáneas y alertaba acerca de la importancia del nuevo Japón.

En este contexto, el interés de Riva-Agüero por el Oriente está llamado a ocupar un nivel diferente. Motivado por preocupaciones geopolíticas y sociológicas el autor dará una mirada diferente a estos dos gigantes contrapuestos: el Japón y la China.

Riva-Agüero se siente profundamente impresionado por el espíritu cívico del pueblo japonés, al cual califica de "Esparta moderna", en el cual descubre una

vocación por la frugalidad y la economía, que se traducen en la construcción de escuelas y universidades, ferrocarriles y acorazados, agentes todos del desarrollo nacional. Comparándolo con la China dice que el Japón es una China joven y con un enorme empuje, una Castilla agigantada y pagana. Él atribuye esta fortaleza al mestizaje racial producido en el archipiélago japonés por las sucesivas migraciones y conquistas, que han generado finalmente "un tipo eurasiático, un mestizo vivaz, móvil progresivo por la propia diversidad de estirpes que lo anima".

Sin embargo, Riva-Agüero considera que el sorprendente desarrollo alcanzado por el Japón, se basaba en la modernización tradicionalista que este país había desarrollado desde los finales del siglo XIX. La llamada "Revolución Meivyi" había sabido reunir de un lado los elementos más importantes del avance del mundo occidental, con los principios básicos de la cultura japonesa. De esta manera se habían conjugado los mejores aportes de dos culturas diferentes, evitando de un lado mantenerse aislado del mundo regido por patrones antiquísimos pero difícilmente adaptables al mundo contemporáneo, o en una copia, un epígono descarnado, del occidente contemporáneo.

Así, Japón había copiado instituciones como el parlamento, creando modelos propios que se inspiraban en la realidad alemana e inglesa, incluyendo en las cámaras a los Kuges (señores cortesanos), los Daymos (señores feudales) y a una nueva nobleza de privilegio que enriquecía con sus méritos la importante asamblea. Otra reforma sustancial residía en el sistema monárquico relacionado con el inglés, sin que se dejara de lado los antiguos usos del manejo imperial a cargo de un soberano divino. Lo mismo sucedió con la nobleza local que aún cuando sus títulos originales fueron traducidos a equivalencias de hidalgos, condes, duques y marqueses europeos, siguieron manteniendo las características que la tradición local imponía. De esta manera, el Japón no había destruido ni jubilado a sus antiguas clases dirigentes, antes bien las modernizaba y enriquecía con la incorporación de la gente valiosa que merecía el país.

Riva-Agüero veía en este proyecto la antítesis de lo que ocurría en la China donde se vivía una transformación en el que se olvidaban rápidamente las más esenciales tradiciones y costumbres del pueblo del celeste imperio. Pero más allá de lo que estaba sucediendo en la China, Riva-Agüero pensaba en el caso peruano, en el que la rápida penetración de la cultura norteamericana y la anterior imitación de modelos ingleses y franceses había terminado por destruir los valores, costumbres y tradiciones originales del país, y que a la larga había desplazado a la antigua clase dirigente, a la que él pertenecía y a la que consideraba aún en condiciones de ejercer una saludable influencia en el país.

García Calderón señaló en un discurso posterior a la muerte del viajero, que la admiración por el tradicionalismo despertada en Riva-Agüero, no opacaba de ningún modo el importante influjo renovador que era necesario aplicar en el Perú, sino que lo consideraba como un seguro eje de guía para las tendencias modernizadoras.

Pero no todo fue interés sociopolítico en el viaje de Riva-Agüero, también pudo entrar en contacto con la vida intelectual japonesa, de la cual realizó interesantes interpretaciones. En sus memorias abundan las recopilaciones de noticias históricas, consigna bellas y admiradas descripciones de la arquitectura milenaria de robustos castillos y frágiles templos, así como de la pintura y literatura del lugar. □